

DP66

L3

v. 8



ACERVO GENERAL

85858

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

### PARTE SEGUNDA.

#### EDAD MEDIA.

#### LIBRO III.

### CAPITULO XXIII.

#### ESTADO SOCIAL DE ESPAÑA.

##### ARAGON EN EL SIGLO XIV.

De 1335 a 1440.

I.—Juicio crítico del reinado de don Pedro el Ceremonioso.—Carácter y política de este monarca.—Su comportamiento con el rey de Mallorca, su cuñado.—Su proceder con su hermano don Jaime.—Su conducta en las guerras de la Union.—Sagacidad y astucia refinada con que logró abolir el famoso Privilegio.—Bienes que produjo al país.—Don Pedro IV. en las guerras y negocios de Cerdeña, de Castilla y de Sicilia.—Paralelo entre don Pedro de Castilla y don Pedro de Aragon.—II. Juicio del reinado de don Juan I.—III. Reseña crítica del de don Martin.—IV. Condicion social del reino en este período.—Modificaciones en su organizacion política.—Comercio, industria, lujo.—Cultura.

I.—Grandes alteraciones y modificaciones sufrió la monarquía aragonesa, así en sus materiales límites

como en su constitucion política en el reinado de don Pedro IV. el Ceremonioso; y bien dijimos al final del cap. XIV. que el carácter enérgico y sagaz, la ambicion precoz y la índole artera y doble que habia desplegado siendo príncipe, presagiaban que tan pronto como empuñara el cetro habia de eclipsar los nombres y los reinados de sus predecesores.

Con estas cualidades, que no hicieron sino refinarse mas con la edad y con la esperiencia en un reinado de mas de medio siglo, que alcanzó cuatro de los de Castilla, á saber, los de don Alfonso XI., don Pedro, don Enrique II. y don Juan I., dejó el monarca aragonés un ejemplo de lo que puede un soberano dotado de sagacidad política, que con hábil hipocresía y con fria é imperturbable serenidad sabe doblegarse á las circunstancias, sortear las dificultades, y resignarse á las mas desagradables situaciones para llegar á un fin, que fijo en un pensamiento le prosigue con perseverancia, y sujeta á cálculo todos los medios hasta lograr su designio. El carácter de éste y de algunos otros monarcas aragoneses nos ha hecho fijarnos mas de una vez en una observacion, que parece no tener esplicacion fácil. Notamos que precisamente en ese pais, cuyos naturales se distinguen por su sencilla, y si se quiere, un tanto ruda ingenuidad, y cuya noble franqueza es proverbial y de todos reconocida, es donde los reyes comenzaron mas pronto á señalarse como hábiles políticos, y donde se empleó

si no antes, por lo menos no mas tarde que en otra nacion alguna esa disimulada astucia que ha venido á ser el alma de la diplomacia moderna. Atribuimoslo á los prodigiosos adelantos que ese pueblo habia hecho en su organizacion política, y á las estensas relaciones que sus conquistas le proporcionaron con casi todos los pueblos. •

Don Pedro IV. de Aragon continuó, siendo rey, la persecucion que siendo príncipe habia comenzado contra su madrastra doña Leonor de Castilla, contra sus hermanos don Fernando y don Juan, y contra los partidarios de ellos. Mas luego que vió la actitud de don Alfonso de Castilla, de los mediadores en este negocio y de los mismos rico-hombres aragoneses, aparentó someterse de buen grado á un fallo arbitral, y reconoció las donaciones hechas por su padre á la reina y á los hijos de su segundo matrimonio.

Muy desde el principio habia fijado sus ojos codiciosos en el reino de Mallorca. Acometer de frente la empresa hubiera llevado en pos de sí la odiosidad de un despojo hecho por la violencia á su cuñado don Jaime II. Y este, que no hubiera sido un reparo ni un obstáculo para un rey conquistador, lo era para don Pedro IV. que blasonaba de observador de la ley y de guardador respetuoso de los derechos de cada uno. Aguardó pues ocasion en que pudiera hacerlo con apariencia de legalidad, y se la proporcionó la cuestion sobre el señorío de Montpellier imprudentemente pro-

movida por el rey de Francia, y sostenida con no muy discreto manejo por el de Mallorca. El aragonés se propuso entretener á los dos para burlarlos á ambos, y cuando supo que el mallorquin habia declarado la guerra al francés le reconvenia por aquello mismo de que se alegraba. La citacion que le hizo para las córtes de Barcelona cuando calculaba que no habia de poder asistir, fué un artificio menos propio de un jóven astuto que de un viejo consumado en el arte de urdir una trama. Temiendo luego que la venida de don Jaime á Barcelona neutralizara los efectos de aquel ardid, apeló á la calumnia, y le hizo aparecer como un criminal horrible, de quien providencialmente se habia salvado. Asi cuando se apoderó de Mallorca, se presentó, no como usurpador, sino como ejecutor de una sentencia que declaraba á don Jaime delincuente y privado del reino como traidor, y agregó las Baleares á sus dominios con título y visos de legitimidad.

Al despojo de las Baleares siguió el de los condados de Rosellon, Cerdaña y Conflent. Lo uno era natural consecuencia de lo otro. Siendo don Jaime traidor y rebelde, procedia la privacion de todos sus estados, y no era hombre don Pedro que cejara en su obra ni por consideracion ni por piedad. Si alguna vez forzado por las circunstancias alzaba mano en alguna guerra, hacia creer al mediador pontificio que obraba por respetos á la santa iglesia romana. Pero aquel santo respeto duraba mientras reunia mayores

fuerzas y se proveia de máquinas de batir. Entonces se olvidaba de Roma y se acordaba solo de Perpiñan, dejaba de acatar al sumo pontifice y pensaba solo en atacar á su cuñado don Jaime, se acababa la piedad y se renovaba la guerra. El mismo don Pedro en su crónica cuenta con sarcástico deleite las humillaciones que hizo sufrir á su hermano. El despojo se consumó, y el reino de Mallorca en su totalidad quedó solemne y perpétuamente incorporado á la corona aragonesa.

La estrema desventura á que se vió reducido el destronado monarca le inspiró un arranque tardío de dignidad: se negó á sufrir la última afrenta, soltó los grillos y quiso recobrar la corona perdida. No faltó quien le tendiera una mano en su infortunio: fué de estos el mismo rey de Francia, causador de su ruina, que tambien reconoció tarde su error y le dió un auxilio tan infructuoso como su arrepentimiento. Este socorro y el de la reina de Nápoles sirvieron á don Jaime para dar todavía algun susto á su cruel y desapiadado enemigo: pero todas sus tentativas no pasaban de ser los esfuerzos inútiles de un desesperado. Al fin logró, en lugar de consumirse en una esclavitud ignominiosa, morir dignamente en el centro de sus antiguos dominios peleando con denuedo heróico en defensa de sus legítimos derechos. Acabó, pues, el reino de Mallorca con la muerte de don Jaime II.

La creacion de aquel reino habia sido un error po-

lítico de don Jaime el Conquistador, y su agregación á la corona aragonesa fué obra de un inicua trama de don Pedro el Ceremonioso. Hay acciones que sin dejar de ser criminales y odiosas producen un bien positivo: tal fué la de don Pedro IV. de Aragon, usurpador injusto, pero utilísimo á su pueblo: sacrificó inhumanamente una víctima, pero dió engrandecimiento y unidad á la monarquía; cometió un despojo in-moral, pero provechoso al reino.

A un despojo sucedió otro despojo, y á una víctima otra víctima. La primera habia sido un hermano político, la segunda fué un hermano carnal. Pero tampoco entraba en la política ni en el carácter de don Pedro privar á su hermano de la sucesion al trono que le pertenecia por las leyes y las costumbres aragonesas á falta de hijos varones del rey, sin dar á su proyecto el color de la legalidad; porque el principio político de aquel astuto monarca era ante todo un afectado respecto á la ley y á las formas legales. Por eso no despoja á su hermano del derecho de sucesion hasta que logra una declaracion de letrados de que en Aragon son hábiles las hembras para suceder. Entonces proclama sucesora á su hija doña Constanza, y para quitar al hermano la procuracion general del reino le supone en connivencia con el rebelde rey de Mallorca. Pero el pueblo que no opina como los le-gistas se agrupa en torno á la bandera del infante, y á la voz mágica de Union se mueve un levantamiento

casi general, aristocrático en Aragon, y democrático en Valencia. Pero aquí entra la astucia y la sagacidad de don Pedro y su política acomodaticia para doble-garse á las circunstancias y caminar siempre tan lenta y tortuosamente como sea necesario á su fin.

No le importa hacer concesiones y ceder á exigencias; él se indemnizará. Resiste mientras no aventura en resistir, pero cede cuando ve que arriesga en no ceder, y espera su dia. Conoce que no sufren los aragoneses que la procuracion del reino se ejerza á nombre de una infanta, y manda á los gobernadores que espidan los títulos á nombre del rey. Accede, cuando ya no puede remediarlo, á que las córtes se celebren en Zaragoza; en aquellas tumultuosas córtes le piden confirme el famoso Privilegio de la Union: don Pedro se niega en el principio, pero le amenazan, y le confirma. En una sesion le faltó ya el sufrimiento, y retó públicamente de malvado y de traidor al infante su hermano, mas sus palabras producen una conmocion borrascosa, y concluye por restituir la procuracion general del reino á aquel hermano á quien acababa de apellidar traidor é infame.

¿Qué importan al rey don Pedro estas concesiones? Antes de hacerlas ha tenido cuidado de protestar secretamente ante algunos de sus consejeros íntimos declarando nulo cuanto otorgue, como arrancado por la violencia. Si, cuando llegue su dia, no bastan estas ignoradas protestas á absolverle de perjurio ante

la conciencia pública, él se dará por absuelto ante la suya propia. Sale de Zaragoza, y comienza á conspirar contra lo mismo que ha hecho. Convoca á córtes para Barcelona, cita á ellas á su hermano don Jaime, y don Jaime muere al llegar á aquella ciudad. Los historiadores de aquel reino indican que el veneno formó parte de la política tenebrosa de este monarca.

Estalla al fin la guerra entre unionistas y realistas; la sangre corre en los campos y ciudades de Aragón y de Valencia, y el rey don Pedro prosigue imperturbable en su política de disimulo. Ayuda á sus realistas, mas cuando los ve vencidos, otorga sus demandas á los sublevados; firma la union de Aragón y Valencia, y espera que le llegue su dia. En Murviedro y en Valencia ve hollada y escarnecida la magestad, y lo sufre. Aguanta que la plebe le festeje con burlescas danzas populares, y que un barbero valenciano puesto entre el rey y la reina entone al son de trompetas y de atabales una cancion provocativa. El rey don Pedro disimula y calla, sonrie sardónicamente y espera su dia. La terrible y mortífera epidemia de aquel siglo es para don Pedro un acontecimiento próspero que viene á redimirle del cautiverio de Valencia.

Con la libertad del rey cambia totalmente la situacion de los partidos, los manejos de los gefes realistas no han sido inútiles; los escesos mismos de la revolucion han desmembrado de ella á influyentes caudillos de la liga, el partido del rey se ha robuste-

cido, y si el ejército real no aparece ya el mas poderoso, por lo menos se presenta imponente y en actitud de medir sus armas con los de la Union. Don Pedro ha arrojado ya su máscara; ha declarado que la causa de los ricos-hombres y capitanes realistas es la suya. Se da al fin la memorable batalla de Epila, en que la bandera de la Union queda desgarrada, y victorioso el estandarte real.

Ha llegado el dia que esperaba el rey don Pedro, y con él la ocasion de hacer apurar la copa de la venganza á los que le habian hecho á él apurar la de las humillaciones. Entra el vencedor monarca en Zaragoza, y rasga con la punta del puñal en las córtes el Privilegio de la Union. Triunfa el pendon real en Mislata como triunfó en Epila, y la Union queda para siempre estinguida en Valencia como en Zaragoza. Aqui como alli se levantan cadalsos y se ejecutan suplicios; el barbero Gonzalo es ahorcado y arrastrado, y hace beber á algunos rebeldes el metal derretido de la campana de la Union. Sin embargo, para tantas injurias y tantos insultos como tenia que vengar no fué don Pedro el del Puñal un vengador implacable. De su puñal se libraron mas que de el de don Pedro de Castilla. Solo fué el de Aragón inexorable en cuanto á sacudir el yugo de la alta nobleza, favoreciendo los derechos de la nobleza inferior.

Don Pedro IV. de Aragón es uno de los monarcas á quienes hemos visto llegar por mas tortuosos arti-

ficios á mas provechosos fines. Cuando se piensa en los medios, no se le puede amar; cuando se piensa en los resultados, no puede menos de admirársele. Don Pedro el Ceremonioso fué un rey inmoral que tuvo grandes pensamientos y ejecutó cosas grandemente útiles. Fué una maldad fecunda en bienes, y sin estar dotado de un corazon noble, fué un político admirable y un monarca insigne.

El Privilegio de la Union, arrancado á Alfonso III. y estinguido por Pedro IV., era una institucion destinada á morir como todas las instituciones que nacen del abuso. Era la anarquía, que algunos hombres habian querido organizar, creyendo que organizaban la libertad. Era un esceso de robustez peligroso para la salud de aquel mismo pueblo esencialmente libre. Don Pedro IV. rasgando aquel privilegio funesto y confirmando en las mismas córtes de Zaragoza todos los demas privilegios, fueros y antiguas libertades del reino de Aragon, ofrece á nuestros ojos el espectáculo doblemente sublime, de un pueblo que de tal manera tiene arraigada su libertad que nadie piensa en arrancársela, ni aun despues de vencido en una lucha sangrienta y porfiada, y de un monarca altamente ofendido y ultrajado, que despues de vencer sabe moderar su venganza, pone justos límites á la reaccion, suprime lo que no puede ser sino gérmen de revueltas y de desórden, respeta las libertades provechosas y ganadas con justicia, confirma y aun en-

sancha los privilegios útiles y hace participantes de ellos á los mismos que antes le habian humillado. Si grande aparece en este caso el pueblo aragonés, grande aparece tambien el monarca que tan noblemente se conduce.

Terminada la guerra de la Union, un suceso fausto viene á difundir la alegría en todo el reino, el nacimiento del príncipe don Juan. Cortadas asi las cuestiones de sucesion, restablecido el sosiego público, y en paz el rey con los vecinos monarcas, hubiera podido el reino aragonés reponerse de los pasados trastornos, gozar de prosperidad interior y robustecerse para hacerse respetar de cualesquiera enemigos, si el destino fatal de ese pueblo y el prurito funesto de sus reyes no hubiese sido gastar su vitalidad y consumir sus fuerzas en empresas y guerras exteriores, sostenidas por una inútil vanidad de poder, ganando á veces una gloria estéril, en ocasiones no ganando ni provecho ni gloria. Don Pedro IV., como sus antecesores, se empeñó en conservar una isla insalubre y pobre. ¿Quién puede calcular lo que costó á Aragon la posesion de Cerdeña? De los puertos de Cataluña y de Valencia no cesaban de salir escuadras, que iban á desafiar el poder marítimo de Génova, y á ganar triunfos navales en Caller y en Constantinopla, en el Mediterráneo y en el Bósforo. ¿De qué servian estas glorias marítimas? De halagar el orgullo nacional, y de dar al mundo nuevos testimonios de lo que ya sabia, que

era el poder de Aragon terrible en los mares, y diestros y valerosos marinos los catalanes y valencianos. ¿Pero se aseguraba la posesion de Cerdeña? La insurreccion era permanente, y los soldados, y los capitanes, y los tesoros y las naves victoriosas de Aragon, iban quedando sepultados como en una sima en aquellas mortíferas aguas y en aquel apartado suelo.

Mas de una vez estuvo á punto de perderse la isla; mas de una vez se vió por ella el rey de Aragon amenazado por Roma con excomunion y privacion de su propio reino. Tuvo que hacer la guerra en persona; retirábase vencedor, y la insurrección se renovaba; rompíanse los tratados y las paces; y por último se vió forzado á transigir con una muger, y á dejar en herencia á su hijo la cuestion interminable de Cerdeña, y la posesion insegura de aquel sepulcro de hombres, de naves y de caudales.

De la guerra con Castilla no tuvo la culpa don Pedro de Aragon, que ni la deseaba ni le convenia. Menos belicoso que don Pedro de Castilla, llevó el aragonés la peor parte en aquella lucha funesta, y estuvo á pique de perder gran porcion de sus dominios, á pesar de su sagacidad. Sin las crueldades de don Pedro de Castilla en su reino, tal vez no se hubiera salvado el de Aragon con todos los recursos de su astuta política. Sin las distracciones de don Pedro de Aragon en Cerdeña, en Mallorca y en Sicilia, tal vez hubiera sido escarmentado el de Castilla con todo su

genio y todas sus cualidades de guerrero. Los respectivos errores ó desmanes de los dos contendientes impidieron que ninguno de los dos reinos sucumbiese. El de Aragon, ó por política ó por debilidad, se mostró siempre mas deferente y mas dócil á las gestiones pacíficas del mediador apostólico que el de Castilla. Mas como no era tampoco la lealtad la virtud de don Pedro de Aragon, empañó el brillo exterior de su estudiada política durante esta guerra con dos negras manchas, el asesinato del infante don Fernando su hermano, y el suplicio de don Bernardo de Cabrera, el mas antiguo y el mas leal de sus servidores, y á cuya espada y consejo lo debia todo: dos ejecuciones que parecian copiadas de las de don Pedro de Castilla con su hermano don Fadrique, y con el mas respetable de sus servidores don Gutierre Fernandez de Toledo. El menor número de víctimas y el mayor estudio en cubrir las formas, es lo que aboga en favor del aragonés y le da ventaja en la comparacion.

Aliado y protector de don Enrique de Trastamara cuando era prófugo, le faltó cuando iba á entrar como conquistador en Castilla. Despues de hecho rey don Enrique le reclamó una parte de los dominios castellanos con arreglo á las condiciones de un pacto que no habia cumplido. Enrique II. le contestó con dignidad y entereza, y le redujo á aceptar estipulaciones que no eran ya tratos que se ajustan entre un protegido y un protector, sino conciertos que se hacen en-

tre dos monarcas como de igual á igual. Asi acabó aquella guerra desastrosa de quince años, sin provecho para Aragon, y con poca ventaja para Castilla.

La doblez de la política del monarca aragonés acabó de ponerse de manifiesto con la cuestion de sucesion en el reino de Sicilia. El mismo que habia pretendido que sucediesen en Aragen las hembras, contra la ley y la costumbre del reino, se oponia á que las hembras sucediesen en Sicilia, rechazando la declaracion del papa. Y es que en Aragon se proponia favorecer á una hija en contra de los derechos de un hermano, y en Sicilia se proponia heredar él mismo en contra de los derechos de una nieta. Asi para satisfacer su ambicion, invocaba en iguales casos opuestas leyes. Tal era la conciencia política de don Pedro el Ceremonioso.

Este célebre monarca se dejó dominar en su vejez de una pasion juvenil. Entregóse todo en brazos de su cuarta esposa, que le hizo instrumento de los caprichos y de los odios de madrastra hácia los hijos de las que la habian precedido en el régio tálamo. Merced á su influjo y á sus instigaciones, aquel soberano que habia comenzado por usurpar el reino de Mallorca al esposo de su hermana, que habia privado del derecho hereditario del de Aragon á su hermano carnal don Jaime, y ordenado la muerte del hijo de su mismo padre el infante don Fernando, acabó por perseguir con encono á su mismo hijo primogénito el in-

fante don Juan, hasta pretender despojarle de su legítimo derecho al trono. Por fortuna el Justicia enmendó el desafuero del rey, y el magistrado íntegro reparó la injusticia del padre desnaturalizado.

II.—El reinado de don Juan I. se inauguró, lo mismo que el de su padre, con una cruda persecucion contra su madrastra y contra los hombres de su partido. Por estos primeros actos de crueldad el pueblo vaticinaba un reinado de despotismo y de sangre. Mas nunca un pueblo se engañó tanto en sus pronósticos. Pensó tener un monarca severo y cruel, y se halló con un rey indolente y afeminado. Pasado aquel primer desahogo, ya no fué don Juan I. el rey vengador como el pueblo habia augurado, sino el cazador, el sibarita, el amator de la gentileza, el amigo de las danzas y de los festines. Dada la reina doña Violante á la música, los conciertos y los bailes, la córte de don Juan I. era una córte de molicie, de placeres, de lujo y de sensualidad. Una dama era la que ejercia una especie de fascinacion en los ánimos de ambos monarcas, y la reina doña Violante hacia que gobernaba el reino mientras don Juan cazaba. Nadie hubiera podido reconocer la córte de los Alfonsos y el pueblo de los Jaimes, de los soberanos Batalladores, y de los reyes Conquistadores.

No es estraño que en la parte mas sensata de aquel pueblo varonil, belicoso y grave, produjera escándalo y murmuracion aquella voluptuosidad, y que las cór-